

sus rentas para continuar la guerra de Africa. Leon X, accedió á la primera y á la tercera demanda, y aplazó la segunda, sabiendo muy bien que habia ya pasado el tiempo de las cruzadas.

No bien publicada la respuesta de Leon X, el clero portugués se pronunció contra ella y contra el príncipe que la habia solicitado. Atacar su conducta le parecia una impiedad; atentar á sus inmunidades, siquiera para una guerra santa, una usurpacion; y conociendo su poder sobre el pueblo, se negó á obedecer, de suerte que el poderosísimo Manuel tuvo que renunciar á las dos terceras partes del impuesto que habia obtenido. En cuanto á la reforma de las costumbres, ni siquiera se trató de ella. Por otra parte, Manuel supo distinguir entre sus disensiones con el clero, y los grandes intereses de la Iglesia católica protestando contra las nuevas doctrinas; consérvase una larga carta suya dirigida á Federico el Prudente, elector de Sajonia, en la que le suplica que se deshaga de Lutero como de una peste pública.

La resistencia del clero fué lo único que turbó la profunda tranquilidad de Manuel; así es que tuvo tiempo para trabajar sin descanso por la grandeza y prosperidad de sus Estados. No contento con dirigir todos los negocios de su vasto imperio, con vigilar la administracion, con ser el primero en establecer el socorro debido á los indigentes (1), y con reunir en un solo código las leyes de sus predecesores, pudo dedicar aun algun tiempo á las letras y á las artes, y el renacimiento continuó progresando felizmente. De su reinado datan el convento de Belen, el monasterio de Thomar, el hospital de la Misericordia, la catedral de Elvas, Nuestra Señora de la Concepcion, y tantos otros monumentos religiosos y civiles, en que se reconoce la influencia del genio italiano trasplantado de Italia á todo el Occidente. Quizás tambien en tiempo de Manuel nació Camoens, el poeta en quien se resume toda la gloria literaria de Portugal.

Muerte de Manuel; ojeada sobre el reinado de este príncipe.

Parece increíble que en medio de tanta dicha y grandeza se apoderasen del alma de Manuel el aburrimiento y el hastío; y

(3) Impuso una contribucion de 1 por 100 sobre todas las rentas reales destinada á aquella obra santa.

sin embargo, es casi cierto que en 1517 tuvo deseos de abdicar. La indiscreta alegría que en esta ocasion manifestaron D. Juan, su hijo, y sus jóvenes cortesanos, le disuadió de su designio, si bien añadió un nuevo pesar á los que ya le abrumaban. Ya no vió á D. Juan sino con disgusto, y prefirió abiertamente á su hermano D. Luís, sin poder hacer nada para probarle su cariño.

En fin, en 1521, cuando la peste desolaba el reino, sintióse de repente atacado de una violenta calentura, y al momento previó el término de su enfermedad. Desde entonces solo pensó en morir cristianamente, y en 13 de diciembre expiró sin dolor, en medio de los mas gloriosos testimonios de la aficcion pública. Tenia cincuenta y dos años, y habia reinado veinte y seis.

Muy pocas naciones han podido ofrecer un espectáculo comparable al que presentaba Portugal al morir Manuel. Del seno de un pueblo reducido y hasta entonces oscuro, ó al menos desconocido de casi todo el universo, lánzase algunos navegantes intrépidos, y merced á su audacia, vemos reconocida el Africa, agregadas á la Europa las Indias, descubierta una parte de la América, otra parte de la Oceanía, cambiados los caminos del Oriente, arruinada la Italia, y convertida Lisboa en capital del comercio universal, mientras que el cristianismo, saliendo tambien de sus límites, marcha con el mismo paso que los portugueses á la conquista del mundo. Tal vez nunca se manifestó mas gloriosamente el poder del genio y del valor, pues nunca en tan poco tiempo se obtuvieron semejantes resultados, con tan escasos recursos. El heroísmo triunfaba. Durante este período, la historia de Portugal se parece mas á una epopeya que á una verdadera crónica. Y así lo comprendió Camoens, cantor elocuente de todas estas grandezas. Narra, no inventa; pues hasta la poesía se considera impotente para sobrepujar aquí con sus creaciones la simple realidad de los hechos.

Reinado de Juan III (1521—1557).

JUAN III; LA INQUISICION Y LOS JESUITAS.—ABANDONO DE MUCHAS PLAZAS EN EL NORTE DE AFRICA (1549); CRECIENTE IMPORTANCIA DEL BRASIL.—PROSPERIDAD DEL CO-

MERCIO DE LAS INDIAS; EXPLENDOR DE LISBOA EN 1521; GÉRMINES DE DECADENCIA.—VASCO DE GAMA ES ENVIADO Á LAS INDIAS (1524); SUS TRIUNFOS; SU MUERTE.—GOBIERNO DE MENESES, DE SAMPAYO Y DE NUÑO.—CAUSAS DE LA RÁPIDA DECADENCIA DE LA DOMINACION PORTUGUESA EN ASIA.—JUAN DE CASTRO RESTAURA EL PODER DE LOS PORTUGUESES (1545-1548).—REFORMA DE LA ADMINISTRACION; SAN FRANCISCO JAVIER; SITIO DE DIU; MUERTE DE JUAN DE CASTRO (1548).—DECADENCIA DEL PODER PORTUGUÉS EN LAS INDIAS; MUERTE DE JUAN III.

Juan III; la inquisicion y los jesuitas.

Juan III solo tenia diez y nueve años cuando la muerte de Manuel le llamó al gobierno del imperio portugués; pero el cuidado que habia tenido su padre de admitirle en el consejo desde la edad de diez años, y de velar incesantemente por su educacion, le habia preparado muy bien para las dificultades de un poder prematuro, y el nuevo rey se mostró digno de su rango.

Sus ministros le proponian que estableciese un nuevo impuesto, y les dijo: «Veamos antes si es necesario.» Y cuando le hubieron probado su necesidad, añadió: «Veamos ahora si podemos suprimir algunos gastos.» Y al momento disminuyó el fausto de su propio palacio.

En seguida se negó á firmar un tratado que Carlos V le hizo presentar para la extradicion mútua de los refugiados: «¿En dónde, podrian mis súbditos, objetó al embajador que insistia, esperar mi perdon?» Juan III no se contentaba con estas hermosas palabras, sino que conformaba á ellas sus acciones, y todo su reinado es una prueba de su celo y bondad. Los pueblos le amaban, y cuando murió, el sentimiento no fué menor que á la muerte de Manuel, aunque Juan fuese muy inferior á este gran príncipe.

¡Ojalá, que, siguiendo las huellas de su padre, hubiese sabido prevenirse contra el fanatismo y ceñirse á los justos límites de la piedad! Pero se abandonó á su zelo y mientras solo pensaba en preservar al país de la corrupcion y de la heregía, preparó su decadencia con la introduccion de la inquisicion española. El cumplimiento de este designio se retardó mucho tiempo por la viva oposicion que encontró; pero un horrible terremoto que conmovió todo el reino, arruinó muchas ciudades, tragó mas de

treinta mil personas, é hizo salir al Tajo de madre, dió márgen á que se explotara el duelo público, y para aplacar la que llamaban justa cólera del cielo, organizóse el tribunal que debia perseguir incesantemente á la impiedad.

Segun ciertos escritores, un incidente extraño apresuró esta organizacion. Llegó á Lisboa un legado de Clemente VII (1531), y como el rey estrañaba que no se le hubiesen avisado, le contestaron que era tal la importancia de la mision, que el papa no se habia atrevido á diferirla, y que la habia conferido á un legado *á latere*. Juan III quedó convencido y satisfecho de la carta que le dirigia el Padre Santo, y autorizó en seguida al legado para seguir las instrucciones contenidas en las bulas pontificias relativamente á la inquisicion.

Apenas establecido el nuevo tribunal, las delaciones fueron infinitas, y se encendieron las hogueras para los judíos, los moros y los hechiceros, mientras que el legado recorria el reino, recibido con profundo respeto. Pero un dia en que se acercó demasiado á las fronteras de Castilla, un banquero de Sevilla á quien habia pedido prestada una suma que no queria pagar, le acometió con cincuenta hombres bien armados, dispersó á los inquisidores de su comitiva, y llevóle prisionero á Madrid. El proceso que se instruyó, descubrió que el legado de Clemente VII era un miserable castellano, llamado Saavedra, que habiendo subsistido mucho tiempo con el producto de sus estafas, contrahizo una bula pontificia. Nada faltaba en ella, ni el sello, ni las fórmulas ordinarias, ni la firma, ni la caja oficial. El supuesto legado fué condenado á la pena de azotes y á diez años de galeras.

Tal es el origen mas acreditado de la inquisicion en Portugal, y no hubiéramos citado esta tradicion, á no estar consignada en muchísimos escritos que sin embargo no han podido darle todos los caracteres de la certeza.

Tras la inquisicion, instituida en 1531, vinieron los jesuitas. No bien organizó el papa Paulo III esta famosa compañía (1540), Juan III solicitó el envio de dos reverendos padres, que fueron Rodrigo de Acevedo y Francisco Javier. Seducido por la indisputable virtud de estos dos religiosos, el piadoso rey les colocó á su lado, y cuando el heróico Francisco Javier salió de Lisboa

para emprender la conquista religiosa de las Indias, Acevedo obtuvo fácilmente la admisión de otros diez jesuitas, y luego la erección de un colegio en Coimbra, con una dotación magnífica. Antes de diez años, los jesuitas poseían inmensas riquezas en Portugal, se arrogaban el monopolio de la enseñanza, y dominaban á los obispos y al gobierno, siendo probable que Juan III se afiliase á la compañía y pronunciase votos, en cuanto se alegraba de tan rápido medro.

Apesar del zelo religioso del rey, su hermano, el cardenal infante don Enrique, no pudo obtener la tiara romana que solicitó al morir Paulo III (1550). En vano prodigó los regalos; en vano mostraron los cardenales las disposiciones más favorables; en vano Carlos V y Enrique II le prometieron en secreto su asentimiento: Julio III triunfó, y sin embargo, después de tantos sacrificios inútiles, Juan fué el primero que felicitó á Julio III.

Abandono de muchas plazas en el norte del Africa (1549); creciente importancia del Brasil.

Así en tiempo de Juan III, como en el de Manuel, la historia de Portugal debe examinarse más que en Portugal en las vastas colonias que de él dependen. Aquel rey se concretó en Europa á mantener amistosas relaciones con todos los Estados, particularmente con Castilla, cuyo poder crecía con temible rapidéz, y casó con la infanta Catalina, hermana de Carlos Quinto, quien, por su parte, le pidió la mano de su hermana Isabel (1524-1526). En 1543, el infante don Felipe, hijo de Carlos Quinto, tomó también por esposa á su hija dona María, de cuyo enlace nació el infeliz D. Carlos, víctima de su propio padre.

Ya hemos visto con cuanta sangre y cuantos sacrificios fundaron los portugueses su dominación en algunos puntos de las costas del Africa septentrional, y ciertamente que tuvieron entonces razón en no ceder, puesto que además de encontrar allí una admirable escuela de guerra y de heroísmo, era necesario escudar su naciente marina contra los piratas musulmanes. Desde que las Indias, empero, reclamaban todos sus esfuerzos, y sobre todo, desde que su pabellón flotaba soberanamente en los mares Orientales, las pequeñas posesiones de Africa, en torno de las cuales era preciso luchar sin descanso, y que no producían

nada, habían perdido su valor. Así lo creyó Juan III, y con tanta razón á nuestro entender, que ni siquiera habría debido aguardar tanto tiempo para decidirse. Abandonando Alcazar, Arcila, Saff y Azamor (1549) para concentrarse en las playas fuertes de Ceuta, Tanger y Tetuan, disminuyó los obstáculos y se libró de una guerra inoportuna, sin que por esto la piratería se atreviese á levantar de nuevo la cabeza, pues para reprimirla bastaban algunas plazas en el litoral. La conquista de Marruecos, aunque hubiese sido posible, importaba poco á los dominadores del Indostan.

Los portugueses del siglo XV no comprendieron esta política, y echaron en cara á Juan III este abandono voluntario, lo cual no debe causar extrañeza. ¿No eran aquellas posesiones de Africa un glorioso trofeo del valor y de la fe portuguesa? Pero la política debe sobreponerse á toda consideración pasajera y á toda preocupación nacional, cuando se trata del verdadero interés de la patria.

En cuanto al Brasil, cuya posesión parecía desdeñar Manuel el Afortunado, encerraba por únicos elementos de población europea, cuando Juan III emprendió su colonización para equilibrar un poco la influencia española, algunos malhechores y un gran número de mujeres perdidas procedentes de la deportación anual.

En 1549, viendo que el número de los habitantes europeos era ya considerable, se envió al Brasil un gobernador, Tomas de Souza, con algunos jesuitas. Juan III deseaba que la conquista espiritual corriese parejas con la ocupación material.

El primer cuidado de Souza fué escoger sitio para una ciudad, y lo hizo con acierto en la bahía de Todos los Santos, en donde fundó San Salvador. Considerando luego aquel inmenso país como una posesión segura, lo subdividió en capitanías, entre las que figuraban las de Fernambuco, Porto-Seguro, San Vicente, Itamaracá e Illeos; capitales que debieron una pronta prosperidad á su excelente situación.

Sin embargo, las numerosas tribus en cuyo territorio acababan de establecerse, los portugueses como soberanos, no se mostraban dispuestas á aceptar tan pronto su dominación. Aunque enemigas unas de otras, abrigaban todas un odio común contra

los europeos. Los soldados de Souza lucharon en vano contra la malevolencia de los naturales, y el honor del triunfo se debe solamente á los misioneros jesuitas. Campeones incansables del catolicismo, penetraban sin temor entre los salvajes irritados, les anunciaban la *buena nueva*, les apartaban poco á poco de sus ídolos, y con el ejemplo de sus propias virtudes, les enseñaban que los europeos no eran aborrecibles. Tal es la verdadera, la incontestable gloria de los jesuitas: la que adquirieron en sus lejanas misiones.

Las armas del gobernador, y con especialidad la palabra de los misioneros, establecían sólidamente la dominación portuguesa en el Brasil, cuando en 1555 entraron algunos franceses en la bahía de Solís. Eran hugonotes que guiados por el capitán Ville-Gagnot, venían á pedir á la América la libertad de rogar á Dios según su conciencia. Pero no la obtuvieron, y encontrando en las desiertas costas del Brasil todas las violencias del fanatismo que ensangrentaba la Europa, tuvieron pronto que defender las modestas cabañas que se habían construido. Vencidos después de una admirable resistencia, fueron dispersados por el nuevo gobernador Menda Sá, no quedando huella alguna de su permanencia algunos años después, y con objeto de evitar la repetición de semejantes escenas, sus vencedores construyeron una nueva ciudadela, de la cual nació Rio Janeiro. Apesar de tan rápidos progresos, el Brasil fué aun durante mucho tiempo una posesión secundaria para los portugueses, quienes solo conocían su fertilidad, é ignoraban que no era menos rico en minerales preciosos que Méjico y el Perú, de donde sacaba entonces la España tantos tesoros y poder.

Prosperidad del comercio de las Indias; esplendor de Lisboa en 1524; gérmenes de decadencia.

Juan III pues, como Juan II y Manuel, dirigió casi exclusivamente sus miradas al Asia; y en efecto, cada día aquellos hermosos países derramaban mas ricos tesoros sobre Portugal, realizándose ya los vastos planes de Albuquerque y Almeida; el comercio de Oriente no seguía ya otro camino que el cabo de Buena Esperanza; Lisboa era definitivamente el depósito á donde

los otros pueblos iban á buscar las producciones de las Indias. Los números dirán mejor el esplendor de Lisboa en esta época. Aumentada con dos nuevas ciudades y con muchos barrios excelentes, adornados de monumentos suntuosos, Lisboa podía apenas contener en su puerto los innumerables buques que afluían de todas partes, y con frecuencia las transacciones de un solo día importaban la suma de setecientos mil cruzados. «Quién no ha visto Lisboa, dice un proverbio de la época, no ha visto nada bueno.» En una balada alemana un señor manifiesta deseos de ver la ciudad mas hermosa de Europa, y mirando el espejo mágico ve *Lisboa la grande*.

Y sin embargo, desde que Juan III ascendió al trono, los vireyes de las Indias, á pesar de su energía y de sus cuidados, no podían mantener á tantos pueblos en la obediencia de Portugal. El que entonces ejercía esta gran dignidad era Eduardo Meneses: no bien puso el pié en la costa del Indostan, supo que Ormuz acababa de dar la señal de la rebelión matando á cuantos portugueses se encontraban en el reino, y que de allí, se propagaba la insurrección á las Molucas, á la isla de Ceylan y á Malacca, de forma que el imperio de Albuquerque parecía próximo á una disolución completa. Meneses triunfó de todos estos peligros, y el rey de Aden se apresuró á prevenir sus ataques ofreciéndole un tributo considerable. Pero por mas gloriosos que fuesen tales triunfos, no pudieron desvanecer los tristes temores de Juan III. Conmovido por las quejas que recibía continuamente del Asia, y acosado por el progresivo odio que revelaban, tomó la firme resolución de cortar por lo sano, y de curar el mal extirpando los abusos. Cuando buscó en torno suyo á un hombre capaz de cumplir su laudable proyecto, creyó que el mejor era Vasco de Gama.

Vasco de Gama es enviado á las Indias (1524); sus triunfos; su muerte.

De este modo se reparaba una grande injusticia (1524); pues desde el momento en que Gama trajo á Lisboa la gran noticia de haber doblado el Africa, recorrido el Océano y descubierto las Indias, aunque vivió colmado de honores, no se le permitió pasar

ni una vez al Asia, y su grado de almirante no era para él mas que un título estéril. Entonces se acudia á él por necesidad, contándose con su firmeza, moderacion y probidad.

Cuando se supo que estaba dispuesto para partir con el título de virey, con catorce buques y con algunos oficiales dignos de él, acompañáronle hasta la playa las esperanzas y los votos de todos sus conciudadanos que esperaban próximos y grandes sucesos.

Embarcado en 9 de abril, Vasco de Gama se halló á los tres meses delante de las costas que habia revelado á la Europa. De pronto conmovió su buque una terrible sacudida, sin que nada anunciase la tempestad: sus compañeros consternados se preguntaban con espanto qué significaba aquella repentina agitación de las olas. «Qué temeis? les dijo Gama; es el Océano que tiembla delante de nosotros.» Y como si lo hubiese acertado, el Océano se calmó al instante.

Desde entonces Vasco de Gama no perdió un momento para realizar las grandes esperanzas de su país. No bien hubo llegado, la administracion se reformó, las exacciones cesaron, y los indios se mostraron mas dóciles. Su norma invariable, eran la energía y la moderacion.

Sin embargo, al recobrar su vigor el imperio portugués, el grande hombre que lograba realizarlo veía acercarse su propio fin. Despues de haber visitado las maravillas de la naciente Goa, y admirado el genio de Albuquerque, acababa de llegar á Cochín y se disponia para marchar á Calicut, cuando recayó en su enfermedad. Encargó á D. Gerónimo de Souza que fuese á cruzar delante de Calicut, y murió á 25 de diciembre de 1524, en medio de los grandes trabajos que su mision reclamaba. ¡ Dichoso Portugal, si Vasco de Gama hubiese vivido algunos años mas para consolidar su obra ya vacilante! En cuanto á él, cargado de años y de honores, ¿qué podia ya añadir á su gloria? Su nombre que figura entre los mas preclaros, simboliza la ilustracion de todo un pueblo.

Sus funerales se celebraron en Cochín. En seguida fué trasladado á Portugal, al convento de Nuestra Señora de las Reliquias, al cual tenia particular devocion, y en el que se le sepultó con todos los honores tributados hasta entonces á los príncipes de la

sangre. Juan III admiraba profundamente á Vasco de Gama, y nada omitió para protestar ante su siglo y ante la posteridad, de la incalificable ingratitud de que por tanto tiempo fué objeto.

Gobierno de Meneses, de Sampayo y de Nuño

Entre los jefes que Vasco de Gama habia elegido él mismo para que le acompañasen á las Indias y que mas se habian distinguido, figuraba Enrique de Meneses, á quien Juan III habia entregado de antemano el nombramiento de virey. Nadie se mostró mas digno de este honor, pues en un solo año reprimió las piraterías que hacia tiempo infestaban los mares de las Indias; destruyó la pequeña ciudad de Coulite, baluarte de Calicut, redujo al Zamorin á negociar, y castigó en seguida por su perfidia; agregó á su imperio el archipiélago de las Molucas, á pesar de las reclamaciones amenazadoras del poderoso Carlos Quinto; y en fin, reunió todos los elementos de una grande expedicion cuyo secreto murió con él. No menos temible para los malos europeos que para los indios rebeldes, Meneses se dedicaba á restablecer en el Indostan el reinado de la justicia y de la probidad, pues sabia que estas virtudes debian ser el mas sólido fundamento de la dominacion portuguesa, y que los mejores triunfos de la fuerza no podian sostenerse de otra manera. La muerte tampoco respetó á este ilustre jóven, quien falleció á la edad de veinte y nueve años, de resultas de una herida recibida delante de Calicut.

No bien hubo expirado, cuando temeroso, de dejar un solo dia al Oriente sin jefe, sus principales oficiales se apresuraron á abrir los pliegos cerrados de Juan III, en los que leyeron en primera línea el nombre de Pedro Mascarenhas; pero como este bravo capitan estaba á la sazón ocupado en el extremo del Asia oriental, delante de Malacca, nombróse interinamente á Lopez Vaz de Sampayo, cuyo nombre seguia inmediatamente al de Mascarenhas. Sampayo juró no conservar el poder fuera de los límites prescritos.

Juramento inútil. Cuando Pedro Mascarenhas, vencedor del poderoso rey de Bentam, vino á reclamar su título, Sampayo se negó á entregarle la autoridad, y viendo que insistia, le puso

preso. Tan escandalosa usurpacion no tuvo lugar sin sangrientas contiendas, con grande alegría de los indios, que veian á sus tiranos despedazarse entre sí, hasta que para acabar de una vez, el digno Mascarenhas resolvió sacrificar sus derechos á los intereses de su patria, y abandonando sus justas pretensiones salió para Portugal.

No puede negarse empero que el usurpador desplegó mucho talento y actividad, puesto que ensanchó las ciudadelas de Ormuz y de Cananor, rodeó á Goa de fuertes murallas, destruyó las escuadras del Zamorin de Diu, incendió Perka, y obligó á solicitar la paz al poderoso Bahdour, terror del Asia. Pero al mismo tiempo recordemos los medios de que se valió para ello, y al pensar en las Molucas indignamente devastadas, en el rey de Tidor envenenado despues de un tratado de alianza, y en Ruez Achmet, que murió á manos del mismo virey, reconozcamos que sus triunfos eran mucho mas propios para quebrantar que para afianzar la dominacion portuguesa en Oriente.

La corte de Lisboa, que no se atrevió á destituir á Sampayo, como lo merecia, reprobó al menos su política, transfiriendo el vireinato á Nuño da Cunha. Hijo del ilustre Tristan da Cunha, Nuño se habia mostrado siempre digno de su nacimiento, ya en Africa, ya en las Indias. De Almeida aprendió la guerra, y Alfonso Albuquerque le habia armado caballero; parecia pues predestinado á la alta mision que Juan III le confiaba. Con todo, nadie queria creer que el orgulloso Sampayo consintiese en transmitirle la autoridad; pero este obedeció prontamente, dejando á todos admirados.

La destruccion de Monbaza, arruinada de paso por Nuño da Cunha, en castigo de sus piraterías, indicó de antemano á los indios lo que sabria hacer, y se lo dió á entender mucho mejor aun con los numerosos triunfos que obtuvo contra ellos. Los reyes de Aden y de Panana se comprometieron de nuevo á pagar tributo, mientras que la ocupacion de Salseta, de Gogo y de Bacaim le hacia dueño de todo el litoral noroeste, y mientras que otra derrota del Zamorin completaba la sumision del Malabar. El imperio portugués se reanimaba en todas partes bajo la mano hábil del nuevo virey.

Dejando á sus oficiales el honor de dirigir las expediciones se-

cundarias, Nuño fijaba sus miradas en la costa de Guzzerate, y en las bocas del Indo. Allí se elevaba, en medio de una pequeña isla, la opulenta ciudad de Diu, que los europeos codiciaban desde su llegada á las Indias; allí reinaba el potente Bahdour, á quien los indios temian tanto como á los europeos. Atacarle y vencerle, seria no solo conquistar una de las mejores situaciones del Oriente, si que tambien renovar la gloria de los portugueses y consolidar su dominio con la conmocion que causaria su victoria.

Enrique de Meneses, y Sampayo habian ya concebido este designio, y su sucesor, mas atrevido, resolvió ejecutarlo. Hízose pues á la vela (1531) con las fuerzas mas numerosas que los portugueses habian reunido hasta entonces en Oriente, y á los pocos dias se presentaba delante de Diu. A la vista de tan poderoso armamento, Bahdour recordó la suerte de Calicut, de Ormuz y de Malacca, y no intentó siquiera resistir. Sometióse á la voluntad de Nuño, y en seguida, en señal de obediencia se construyó una fortaleza á las puertas de su capital. Bahdour hizo mas: se unió intimamente con los portugueses, con cuyo auxilio rechazó de sus Estados la invasion de los mongoles; pero no bien hubo el virey levado anclas, Bahdour, olvidando sus protestas y promesas, trató segun dicen de faltar á todo lo prometido. Nuño, informado á tiempo, acudió en socorro del gobernador Antonio da Silveira, venció á los indios, y no descansó hasta despues de haber derrocado completamente el ponderado poder de Bahdour, el cual pereció de una lanzada.

Esta gran conquista, que la fama pregonó por toda el Asia, devolvió á las armas portuguesas su fuerza y prestigio, cuando un nuevo enemigo, mucho mas temible que cuantos habian tenido hasta entonces, se levantó contra ellos. Era el sultan de los Turcos otomanos, Soliman el Magnífico, que, dueño del Egipto, del Asia Anterior y de todo el litoral del Africa del norte, no podia consentir en dejar á los portugueses el tranquilo monopolio del comercio de Oriente. Mandó pues á sus bajaes que construyesen una escuadra para recibir doce mil genízaros, diez y seis mil hombres de otras tropas y una numerosa artillería, al mando de Soliman Bajá, gobernador de Egipto. Soliman se presentó á los indios como libertador, unió sus fuerzas con las del país, y mar-